

CÉSAR R. NUREÑA

LA ARGOLLA PERUANA



UNA INVESTIGACIÓN
ANTROPOLÓGICA
SOBRE EL PODER Y LA
EXCLUSIÓN SOCIAL

CRÍTICA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La argolla peruana

© 2021, César Nureña

Corrección de estilo: Leila Samán

Diseño de portada: Departamento de diseño
de Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial Crítica

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704

Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: septiembre 2021

Tiraje: 2000 ejemplares

ISBN: 978-612-5037-02-2

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100381

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2021-08927

Impreso en Quadgraphics

Av. Los Frutales N° 344, Ate-Vitarte, Lima 3, Perú

Lima – Perú, septiembre 2021

A Jürgen Golte (1943-2021)

A Catalina

A la memoria de Petiso

Índice

Introducción	7
CAPÍTULO 1	
Del origen y evolución de la argolla peruana.	17
CAPÍTULO 2	
La argolla, o un modo peruano de interpelar al poder.	57
CAPÍTULO 3	
La argolla en sus formas, funcionamiento y universo moral.	109
DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES	
Sobre el porqué de tanta argolla	253
Referencias	287
ANEXO	
Equivalencias, asociaciones y definiciones de <i>argolla</i> en el Perú	313

Introducción

Debió ser en alguna reunión familiar, o en el equipo de fútbol del barrio, más o menos cuando terminaba la secundaria, o quizás en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, cuando escuché por primera vez acerca de las argollas. No lo sé con precisión. Pero sí recuerdo que al egresar de la carrera de antropología había escuchado esa queja ya las veces suficientes como para tomarla como una expresión intrigante. Creía saber qué eran esas argollas de las que tanto hablaban unos y otros, pero no podía estar seguro; y lo habría dejado pasar como una trivialidad, de no haber sido por unas circunstancias previas.

Ocurre que a los antropólogos se nos entrena para observar minuciosamente las cosas que ocurren alrededor cuando se nos envía, o nos lanzamos por cuenta propia, a hacer el llamado trabajo de campo etnográfico: hay que mirarlo todo, escucharlo todo, registrarlo y, en ocasiones, ser ese insistente zángano que Nigel Barley reconocía en sí mismo (en su libro *El antropólogo inocente*, de 1983) cuando debía ir por ahí pidiendo que le explicaran el chiste que no había entendido. Pero, más importante, esa tarea etnográfica consiste también en cuestionar lo que se haya anotado (en libretas o en la mente), preguntarse uno mismo por qué las personas hicieron o dijeron esto o aquello, por qué se pelean o se ponen de acuerdo, qué los alegra o los molesta, qué tienen en común y qué los diferencia, cómo se las arreglan para vivir, y así continuamente hasta ensayar al menos algunas respuestas que se puedan confirmar con los datos o regresando al campo para hacer nuevas observaciones.

Lo que llamamos los antropólogos —algunos o muchos— es que hacer etnografía nos perturba la vida, en cierto modo, en tanto que nos roba la inocencia y el «sentido común». Porque luego de cumplir ese rito de pasaje profesional, después de haber redactado los informes con las observaciones y hallazgos, no solo se queda uno con la idea de que las apariencias superficiales del mundo social encierran una complejidad infinita, sino también con el hábito de seguir observando detenidamente las cosas y cuestionándolas, sin que haya un estudio formal de por medio, a tal punto que podemos volvernos antipáticos, por esa constante actitud de tratar de encontrarle tres pies al gato cuando tenemos al frente los asuntos más banales de la vida cotidiana junto a la familia y los amigos.

Consideré necesario mencionar estas intimididades y tribulaciones de la vida del antropólogo para dar cuenta de cómo llegué a problematizar el tema de las argollas en el Perú. Decía que no podía estar seguro de si sabía o no qué eran, porque, al oír a otros hablar sobre las «argollas», advertía que se referían a veces a algo que podía encajar con mi propia comprensión, o que se desviaba ligeramente, o que era completamente distinto de lo que yo entendía por «argollas». Para algunos, estas podían ser motivo de furibundas protestas, mientras que otros hablaban de ellas en tonos hasta afectuosos. Las argollas mencionadas a veces en los medios de comunicación no siempre se parecían a las que afloraban en las quejas del amigo escritor, del músico, del taxista o de los viejos que discutían sobre la coyuntura política en los puestos de periódicos. Sea como fuere, me iba quedando claro que muy a menudo las argollas eran presentadas como la causa de malestares, agravios y disconformidades que se extendían mucho más allá de las esferas del fútbol, la política o el trabajo.

Si tanta gente se quejaba por las argollas, si las propias personas las reconocían como un problema personal, social o político, y si esto parecía estar tan difundido en las experiencias de muchos peruanos, ¿por qué no se hablaba de esto en las clases

que había tomado en la Facultad de Ciencias Sociales? ¿Por qué la argolla aparecía mencionada solo muy marginalmente, muy al paso, únicamente en uno que otro de los muchos textos que había leído en la universidad? ¿No se suponía, acaso, que las ciencias sociales debían estudiar los problemas sociales, explicarlos y buscarles solución? Posiblemente —pensaba— no era un asunto «serio», «académico», algo que valiera la pena, como para que los «científicos sociales» le dedicaran alguna atención. Pero aquellas preguntas seguían ahí, revoloteando, difuminándose y retornando de vez en cuando, cada vez que oía a alguien más quejarse de sus padecimientos causados por las «argollas».

Así pasaron algunos años, un par de etnografías, investigaciones de otros tipos y una temporada fuera del país. Ya para entonces, creía saber un poco más sobre las argollas. Aparecieron, sin que yo las haya buscado, en una investigación que hice sobre cultura y política, en boca de unos jóvenes que me hablaban del pernicioso rol de las «argollas» en las organizaciones políticas, o de su desencanto con la participación en esas organizaciones, debido, entre otras cosas, a su hartazgo con las «argollas» que habían encontrado ahí. También había ubicado unos pocos trabajos de académicos que reflexionaban sobre ellas, denunciándolas como un problema social. Eran pequeños artículos algo perdidos en el océano de la internet, o breves pasajes de un puñado de libros que se ocupaban de otros asuntos. En estos escritos, las argollas eran algo así como grupos de individuos cerrados, excluyentes o autoritarios, organizados a veces como «redes», cuyas acciones tenían efectos nocivos en uno u otro ámbito de la sociedad. Esa era, más o menos, la idea que yo mismo manejaba, y que tenía algún parecido con las definiciones de argolla consignadas en uno que otro diccionario de peruanismos o americanismos. De aquellos trabajos recogí algunas ideas interesantes, estimulantes y a veces cargadas de emotividad (en uno de ellos, Guillermo Nugent [2008] decía que «detesta las argollas con toda su alma»). El problema era que

no dejaban de ser, casi todos, ejercicios ensayísticos que ofrecían intuiciones e interpretaciones, y donde las argollas no siempre eran las mismas de las quejas que antes yo había escuchado.¹ En otras palabras, nadie había estudiado realmente a las argollas en sí mismas y a profundidad, desde una aproximación sistemática a la realidad social: formulando un problema con preguntas e hipótesis, levantando datos, analizándolos metódicamente y así todo el proceso que corresponde a una investigación de ciencias sociales.

Fue así como, en el año 2017, decidí preparar una propuesta de investigación, que presenté como un proyecto para la tesis de doctorado que realizaría en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. A grandes rasgos, las preguntas que me planteaba en ese entonces giraban en torno a la naturaleza de las argollas, o qué son y por qué generan un malestar tan extendido; sus orígenes o cómo se había llegado a una situación en la que tantas personas protestaban por su presencia; cómo son percibidas o experimentadas por quienes aluden a ellas, o si sería posible reconocer formas o «tipos» diferenciados de argollas; si eran, acaso, una forma de organización social, cómo se constituían y para qué servían; luego, en qué ámbitos se presentaban, cómo y por qué parecían estar tan diseminadas en la sociedad; y así, una serie de otras preguntas más específicas que tomé como puntos de partida para iniciar las observaciones y el recojo de información.

En la parte metodológica, el relativo vacío de conocimiento acerca de las argollas me llevó a realizar una investigación de base exploratoria, desde la flexibilidad que permite la estrategia etnográfica. Como ya he indicado, esto implica observar, escuchar, preguntar y llevar un registro de todos los hechos significativos relacionados con el tema de interés, o los que parecen estar relacionados con el tema, pues nunca es posible saber de antemano

1 Hago referencia a esos autores y sus trabajos a lo largo de este libro, especialmente al final del primer capítulo.

qué factores estarían interviniendo en el fenómeno o ayudarían a entenderlo. Esto lleva a ensayar lo que en la jerga antropológica se conoce como la mirada «holística», o tomar la realidad social como una totalidad de elementos muy diversos (hechos, procesos, relaciones, instituciones, etcétera) que podrían estar interconectados, sin asumir la existencia de líneas divisorias entre las esferas de lo «económico», lo «político», lo «religioso» u otras. Como cabe esperar, esta forma de emprender una investigación produce un mar de datos, y buena parte del trabajo consiste en organizarlos y clasificarlos; pero, sobre todo, en procesar esa abrumadora masa de información comparando casos, buscando patrones, formulando preguntas y planteando posibles respuestas que luego conducen a confirmarlas o descartarlas recogiendo más información. Así, en ese constante ir y venir entre los datos, las preguntas, la teoría y el campo, y luego de algún tiempo, se puede esperar que la etnografía comience a producir sus frutos. Esto en la parte procedimental.

Por el lado más «teórico», me limitaré a señalar que mi aproximación al problema de las argollas se nutre, en parte, de un manejo elemental de la teoría social clásica y sus fundamentos epistemológicos (Weber, Durkheim, Marx), más los aportes de algunos autores cuyas ideas integro en los lugares de este trabajo donde resultan pertinentes, y en parte también de lo que he aprendido de mis profesores en la Escuela de Antropología. De esto último, puedo destacar brevemente algunas valiosas pautas. Para el estudio de las argollas he tenido presente lo que decía en clases el profesor Leif Korsbaek: «¿Saben ustedes lo que es un marco teórico?: un marco teórico es un *prejuicio*». Esa era su manera de decir que, en el proceso de realizar una investigación etnográfica, uno debe estar siempre dispuesto a reconocer las propias anteojeras teóricas, y a quitárselas cuando sea necesario. A su modo, el profesor Jaime Regan decía algo parecido para calmar los ánimos de los estudiantes más preocupados por el famoso «marco teórico»: «La teoría es solamente lo que otros han escrito

antes sobre un tema» (sobre las argollas, casi nada). El profesor Jürgen Golte, por su parte, enseñaba que «el método de la antropología *no es* la etnografía, sino la comparación». En efecto, la etnografía podría quedarse en el mero registro, de no ser por ese motor comparativo que impulsa la generación de preguntas y la búsqueda de respuestas: desde el procesamiento de datos, en la reiterativa contrastación de casos, hechos, biografías, ideas y contextos, hasta la comparación de unos grupos sociales con otros, de sociedades y también civilizaciones enteras, de cualquier lugar o época, para tratar de encontrar las claves explicativas de la diversidad y el comportamiento humanos. Del mismo Golte rescato la idea de que la antropología, en el Perú, no tiene por qué limitarse al estudio de pequeños grupos de indígenas, migrantes o poblaciones marginalizadas; y que es necesario, también, desarrollar el conocimiento de las elites y los ámbitos sociales donde se concentra el poder político y económico, justamente para comprender cómo y por qué se mantiene en la marginalidad a otros grupos. Y, a propósito de esto, valoro asimismo el espíritu que el profesor Carlos Iván Degregori fomentaba entre sus estudiantes, alentándonos —explícitamente y con el ejemplo— a practicar una antropología que contribuyera a entender las brechas, fracturas e inequidades de la sociedad peruana.

Siguiendo los procedimientos y pautas que acabo de reseñar, completé esta investigación en un periodo de cuatro años, un mes y tres días (desde su inicio formal hasta terminar el reporte de resultados). Realicé el trabajo de campo en y desde la ciudad de Lima, obteniendo informaciones de otras partes del país de forma remota. Mis registros incluyen diarios de campo con notas de observación y de diálogos informales que he tenido con personas conocidas y desconocidas durante todo el periodo señalado; transcripciones de entrevistas a 21 informantes con experiencia laboral o de participación en un amplio rango de organizaciones (casos cuyos detalles incluyo en el desarrollo de los capítulos); y una base

de datos con 519 entradas provenientes de fuentes documentales: oficiales, periodísticas, académicas, históricas, gráficas y contenidos de internet. Hice también un sondeo permanente de las redes virtuales Facebook y Twitter para recuperar los discursos de personas que realizaban publicaciones y comentarios referidos a «argollas».² Para la parte histórica de la investigación utilicé fuentes primarias y secundarias de los siglos XV al XX, incluyendo diccionarios, documentos legales y trabajos históricos. Con todos estos materiales elaboré un registro de los significados y equivalencias del término argolla en el Perú, que incluyo como anexo al final de este trabajo (con una nota metodológica específica).

Organicé los resultados de la investigación en tres capítulos. En el primero expongo un trabajo de arqueología conceptual, cuyos hallazgos explican por qué los peruanos del siglo XXI emplean la figura de la argolla para expresar su malestar frente a hechos y situaciones que pueden ir desde lo más cotidiano hasta los grandes sucesos de la política nacional. Aquí presento a la argolla como la protagonista de un viaje de larga duración que se desarrolla, inicialmente, en los tiempos de la Reconquista y del absolutismo español, con un brazo en sus colonias americanas, concretamente en el mundo de las relaciones de sujeción, la justicia penal y el poder señorial. Estos ámbitos, donde la argolla hacía parte de las tecnologías políticas de producción del sometimiento, aparecen en esta historia como la fábrica de un concepto de argolla como opresión, con varios otros elementos asociados. Sobre esta base, muestro cómo los peruanos del siglo XIX se apropiaron de ese concepto para integrar en él nuevos sentidos al calor de las vicisitudes de la política local, dando inicio a nuevas líneas

2 En todos estos procedimientos he seguido las pautas éticas del trabajo de campo etnográfico propuestas en varios manuales antropológicos (Sanchiz y Cantón, 1997; Lassiter, 2005; Mack *et al.*, 2005), y obtuve también el consentimiento informado de todos los participantes en entrevistas en profundidad, ofreciéndoles un compromiso para proteger su anonimato y confidencialidad.

genealógicas de significados referidos a las elites y a los grupos políticos excluyentes. Ya completamente desprendida de su soporte material, la argolla pasó a convertirse en una herramienta simbólica, conceptual y retórica que los peruanos comenzaron a emplear cada vez más para representar las relaciones de poder y las inequidades, en una trayectoria que prosigue en el siglo XX con la proliferación de nuevos sentidos de argolla en múltiples ámbitos de aplicación, más allá de las elites y los grupos políticos, alcanzando a cualquier espacio de la sociedad.

Los capítulos segundo y tercero se complementan el uno al otro. En ambos analizo a la argolla como un fenómeno complejo que se despliega en dos diferentes planos de la realidad, que están interconectados pero que funcionan cada cual con su propia lógica. En el primer plano, la argolla se ubica en el mundo de las experiencias, de las realidades sensibles, de aquello que las personas perciben directamente y nombran como «argolla». En esta parte de mis análisis, al revisar y comparar los datos, todo lo que yo creía saber sobre las argollas —incluyendo lo que había leído— sencillamente voló por los aires. Al inicio del segundo capítulo presento una primera aproximación a los diversos fenómenos de la realidad que los peruanos identifican como «argollas», y en el tercero ofrezco una sistematización clasificatoria de todas esas manifestaciones empíricas, que van desde una suma de pequeños beneficios, actos, relaciones, sujetos y procesos microsociales, hasta varias modalidades de asociación de individuos en grupos y redes que pueden ser reconocidas también como «argollas».

El segundo plano corresponde a la dimensión simbólica. A este nivel, la argolla toma distancia del mundo material y, en tanto símbolo, acoge los muchísimos significados que los peruanos le atribuyen y que están diseminados en la sociedad en una infinidad de conceptos individuales de argolla. Estos pueden ser muy distintos unos de otros, pero en conjunto conforman un sofisticado lenguaje referido predominantemente a las exclusiones,

inequidades y abusos de poder. En la última sección del segundo capítulo formulo un modelo teórico que explica cómo se produce la asimilación de los conceptos de argolla en las subjetividades de las personas, y el porqué de la gran diversidad de significados contenidos en el símbolo. De acuerdo con este modelo, esa proliferación de conceptos sigue una pauta regular y reconocible en la sociedad peruana, o una constante sociológica: mientras mayores son las experiencias de abuso e inequidad sufridas u observadas por un sujeto en su trayectoria de vida, mayor es la densidad de su noción individual de argolla. Este fenómeno ocurre de maneras distintas según los contextos en que se desenvuelven las personas. En espacios altamente desregulados, donde la arbitrariedad en el uso del poder se experimenta con mayor fuerza, el símbolo de la argolla se vuelve mucho más denso en las subjetividades de cada quien. En cambio, sucede todo lo contrario en ambientes gobernados de forma eficaz por sistemas de imposición de reglas formales e impersonales, donde la carga simbólica y expresiva de la argolla se atenúa.

En el tercer capítulo me ocupo, primeramente, de las ambigüedades en el discurso de las argollas, debido a que el término no siempre transmite sentidos negativos o condenatorios, y a que muchos peruanos lo utilizan a veces para descalificar prácticas no muy distintas de las suyas propias. En mis análisis, esas ambigüedades se aclaran una vez que observamos las cosas desde un enfoque en la reciprocidad. Como se verá en sucesivas secciones de ese capítulo, todo el discurso sobre las argollas expresa una preocupación constante por la justicia y la inequidad en la circulación de beneficios o ventajas, de tal suerte que los participantes en intercambios recíprocos positivos tienden a suprimir los significados negativos del símbolo, o a expulsarlo del discurso, mientras que los excluidos emplean el lenguaje condenatorio de la argolla para oponerse a las inequidades, luego de experimentar quiebres de su sentido de la justicia. De esto se deriva una serie de

fenómenos particulares que examino desde lo más simple, en los actos, relaciones e intercambios singulares, hasta lo más complejo en las argollas que adoptan la forma de grupos jerarquizados y redes excluyentes, incluyendo las que se ubican en los más elevados espacios del poder.

Finalmente, en la sección de conclusiones hago una síntesis de los principales hallazgos de la investigación y planteo una discusión de sus implicancias teóricas y políticas, en aspectos que abarcan la persistencia de la argolla como un problema social (en temas como la corrupción y la reproducción de las elites), las condiciones históricas de su presencia y la forma en que se podría abordar ese problema desde miradas y proyectos de transformación social.

Cierro esta introducción manifestando mi agradecimiento a todas las personas que durante la etnografía me ofrecieron su tiempo y compartieron conmigo sus ideas y experiencias en entrevistas y en diálogos informales. Reconozco también el apoyo de quienes han tenido algún nivel de cercanía conmigo y la investigación, especialmente a Cecilia Caparachin, Doris León, María Jesús Campos, Paulina Poó y Claudia Bosch. El profesor Jürgen Golte me alentó a investigar el tema de las argollas cuando el proyecto no era más que una idea vaga, y su trabajo me ha servido siempre de modelo para el abordaje de este y otros problemas de investigación. En la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, los profesores Rodrigo Montoya y Luisa Belaunde me ofrecieron valiosos comentarios sobre los primeros avances de mi investigación en el marco del Taller de Antropología del Doctorado en Ciencias Sociales, y el profesor Federico Helfgott me ha brindado útiles recomendaciones desde su rol de asesor de tesis. Agradezco igualmente el apoyo que recibí de Carlota Casalino y el Instituto Seminario de Historia Rural Andina de la UNMSM (Proyecto n.º E19151321-VRIP), que me permitió completar y transcribir las entrevistas.